

ME LLAMARÁN BIENAVENTURADA

No otro título podría encabezar este breve artículo en honor de la Virgen Madre escrito por una concepcionista que tiene en su corazón, grabado a fuego de amor, la norma siguiente de sus Estatutos: “En las palabras proféticas de nuestra Inmaculada Madre: “me llamarán bienaventurada todas las generaciones” encontramos las concepcionistas el principio, el fundamento, el valor y pervivencia de nuestra Orden consagrada a ensalzar las glorias de María y su limpia Concepción” como fin específico.

Por ello, mi vivencia personal de alabanza a María no puede ser otra que el descubrimiento que ha supuesto para mí la contemplación del misterio de la santidad original de la “Tota Pulchra”, desde sus orígenes y a través de todas las generaciones que ensalzaron su pureza inmaculada hasta elaborar su culto.

Primero contemplo este don divino que, como fuerza viva en la Iglesia, inicia su andadura cual pequeño y cristalino riachuelo brotando de la fuente profética de María, que recrea y cautiva con sus limpias aguas la mente y el corazón de las primeras “generaciones” cristianas, marcando en ellas la nostalgia de la imagen santa de Dios a que hemos sido creados perdida por el pecado. Oigo a Tertuliano que dice : “Dios recuperó con celoso esfuerzo su imagen y semejanza, que era presa del diablo por Eva que edificó la muerte, introduciendo en la Virgen el Verbo de Dios que edificó la vida”.

Sigo mi contemplación por la Patrística, y, dejando otros Padres, veo cómo el riachuelo se ensancha al oír a San Efrén, monje anacoreta del siglo IV, que, avanzando en las glorias de nuestra Virgen Pura introduce la dulzura y dinamismo de la espiritualidad concepcionista al dejar destilar la miel de su pluma en sus “Carmina Nisibena” cuando dice : “Solo tú, Señor, y tú, Madre, sois hermosos sobre todas las cosas, pues no hay en ti ninguna mancha ni defecto alguno en tu Madre”. Y al escuchar su oración : “Oh, Virgen, Señora, Inmaculada Madre de Dios... en extremo bondadosa, eres superior a los cielos, más pura que los resplandecientes rayos del sol”, contemplo y recuerdo en estas puras aguas el Principio de mi existencia que me impulsa a ser fiel a lo real de mi ser : la santidad, como aceptación de la voluntad soberana del que me creó a su imagen y semejanza.

“Me llamarán bienaventurada todas las generaciones”. Así fue, Madre, río de pureza, también en el siglo VII tus aguas inmaculadas alcanzaron a San Beda el Venerable, monje benedictino, el cual recogiendo el eco de tus dulces palabras exclama, que “sólo la Virgen purificada de todo pecado podía servir al Hijo de Dios en la asunción de una naturaleza humana invulnerada. Así es, Madre, solo tú, entre todas las mujeres de la tierra pudiste darnos al Salvador, ¡oh, bienaventurada!

Mi contemplación se eleva y mi corazón se enardece al ver cómo la espiritualidad de este ya río caudaloso resuena con acentos cada vez más diáfanos en las almas sensibles a la santidad, elaborando con ello el Espíritu Santo el culto a la Toda Pura. San Anselmo, monje benedictino del siglo XI-XII ensalza la pureza de María con acentos tan certeros en su “Oración 3”, que la Iglesia no encuentra cantor mejor para exaltar la excelencia y dinamismo espiritual de este soberano misterio, y la ordena para la segunda lectura del Oficio de la solemnidad de la Inmaculada Madre.

¡Sí, Madre mía, humilde Esclava del Señor!, tu pequeño riachuelo se convirtió en mar cuando el Espíritu Santo hizo decir a Eadmero, discípulo de tu cantor San Anselmo, que: “puesto que en la concepción de María creó el Espíritu Santo una habitación para el Hijo de Dios, la misma concepción debió ser santa: “dignum Filio tuo habitaculum praeparasti”, nota melodiosa que canta perpetuamente toda la cristiandad en la oración de la solemnidad de la Inmaculada; logrando, al fin, por medio de Juan Duns Escoto, franciscano del silo XIV la nota terminal del canto de esta oración: “en previsión”. Oración que la Madre Iglesia, porque quiere lograr en todos sus hijos los frutos de este don divino concluye diciendo: “así también, por tu intercesión, lleguemos a ti limpios de todo pecado”, fin específico de esta espiritualidad de santidad.

María, Mar, que inundaste con la dulzura de tus puras aguas a todas las generaciones, encendiendo los corazones de las masas en el fervor concepcionista y tu culto, hasta el extremo de venderse a sí mismo el tan conocido caballero sevillano para sufragar con su venta solemnes cultos en tu honor, Madre querida. Verdaderamente que a prueba de fuego de amor las multitudes dicen que te llamas “bienaventurada”.

Por fin, esta fuerza santificadora dimanada de la misma entraña del Dios que hizo inmaculada a María, inundó con sus aguas puras todo el ser de Santa Beatriz de Silva, estabilizando y perpetuando de este modo el Espíritu Santo el culto de la Toda Pura mediante la Orden de la Inmaculada Concepción que hizo nacer del corazón ferviente de la enamorada de María, Santa Beatriz. Orden que desde el año 1484 no cesa de llamar bienaventurada a la Llena de gracia cantando su santidad original de generación en generación:

Toda pura eres, María y mancha original no hay en ti.

Toda pura eres, Monte santo de Dios, zarza ardiente de caridad, Madre nuestra, cuán bella y cuán suave eres en tus delicias casta Paloma, ruega por nosotros pecadores, al Dios que te libró del pecado, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.

La Mercedes de Silva
D. I. C.